

Opinión

El pesimismo radical es un error



Luis Sánchez-Merlo

El peor ataque terrorista de la historia resultó una tragedia, por la muerte de miles de ciudadanos y la miseria que irradió, pero ante todo fue un acto de guerra intencionado, brutal y cruel que cambió el mundo en un instante.

El salvaje atentado sirvió como excusa para las intervenciones militares, preludio de la guerra al terror, empezando con el ataque a los campamentos de Al Qaeda en Afganistán y la persecución de Bin Laden hasta su captura, nueve años después del 11-S.

La invasión de Irak (2003) quedó saldada como un formidable error que contribuyó al nacimiento de un nuevo grupo terrorista: Estado Islámico. Y la invasión de Afganistán (2001) fue justificada como inevitable, una vez que los talibanes se negaron a entregar a los líderes de quienes habían puesto en jaque a la mayor potencia militar del planeta. Dos décadas después, la opinión informada sigue reivindicando la verdad y cuestionando la explicación “oficial” de lo que pasó aquella mañana despejada cuando, sirviéndose de tres aviones de pasajeros –armas de destrucción masiva– los terroristas estrellaron dos contra el World Trade Center y un tercero contra el Pentágono.

Tras más de un año y medio de audiencias, 160 declarantes in situ, 1.200 personas entrevistadas en otros países y más de dos millones y medio de páginas de documentos gubernamentales, la Comisión Independiente (cuyo presidente escogido, Henri Kissinger, tuvo que renunciar al cargo porque sus vínculos comerciales con la familia Bin Laden salieron a la luz) llegó al fantasmagórico veredicto de que el ataque terrorista había sido un fallo de la imaginación.

Las recreativas teorías de la conspiración han hecho fortuna durante este tiempo entre quienes veneran este tipo de sucedáneos. Lo que permanece como incuestionable es la abrumadora evidencia de que la gente vio in situ cómo se quemaba el acero, escuchó el estallido de las explosiones y el derrumbe en caída libre de los edificios y de desesperados desde 100 m de altura.

De modo que hay razones fundadas para que se sigan exigiendo pruebas que aún no se han hecho públicas en su totalidad. Porque al cuestionar el 11-S también se están cuestionando las invasiones en Irak y Afganistán. En definitiva, se acepta la historia oficial y no se toleran las preguntas.

Haberse quedado en el avispero afgano después de cazar a Bin Laden resultó una torpeza y un despilfarro sin sentido. Pero por infausta que haya resultado esa guerra, retirada incluida, la de Irak cimentada en la mentira resultó aún más aciaga, con la fabricación intencionada de una coartada inexistente: las armas de destrucción masiva, que no existían y que la Administra-

ción republicana afirmaba, repetidamente, haber encontrado. La falsedad institucionalizada.

Tras los muros de la clasificación y el privilegio de los gobiernos para ocultar errores y fechorías, la verdad muere en la oscuridad cuando las mentiras prevalecen. Y esta fue una falsedad apoyada en una argucia, la de que los terroristas de Al Qaeda trabajaban mano a mano con Saddam Hussein.

Fallos de la inteligencia

Lo cierto es que las agencias de inteligencia han fallado en ambas guerras. En el caso del 11-S, había información disponible de que algo podría ocurrir, pero no se habría utilizado para advertir, proteger o impedir el pavoroso atentado. Ahora se está desclasificando información que puede resultar embarazosa para los protagonistas más destacados.

La invasión de Afganistán tenía como objetivo atrapar a Bin Laden porque se creía que lo albergaban en “la tumba de los imperios”. Al final, lo encontraron escondido en Pakistán. Curiosamente, Osama era egipcio y su familia, muy rica, parece que estaba bien conectada con la familia real saudí.

Parfraseando a Aristófanes, comediógrafo griego: “La juventud pasa, la inmadurez se supera, la ignorancia se cura con educación y la embriaguez con sobriedad, pero la estupidez dura para siempre”.

Esto viene a cuento de que nadie se molestó en investigar a los estudiantes pilotos que no estaban interesados en aprender a aterrizar (15 de los 19 “aviadores” y atacantes del 11-S eran saudíes), lo que resulta inaudito porque nadie que aprende a volar se niega a tomar la lección de aterrizaje. Después del ataque del 11-S, ningún vuelo salió de EEUU excepto los que llevaban a todos los funcionarios de la embajada saudí y sus familias.

El pesimismo radical es un error, aunque sea difícil convencer a la gente de que la guerra contra el terrorismo ha tenido éxito, precisamente porque ha logrado en gran medida sus objetivos. Arthur Cecil Pigou (1877), economista inglés referente en el estudio de la economía del bienestar, escribió: “El error del optimismo muere en la crisis, pero al morir hace nacer otro error más grande, el del pesimismo”.

Tras la victoria de los talibanes y la desquiciada retirada de Afganistán, la mirada atrás delata un ánimo de profunda decepción, si bien es justo reconocer que el radicalismo islamista ha ido disminuyendo gradualmente, en Siria, Irak, Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos, Egipto y otros parajes.

Estados Unidos se equivocó de carril y procedimiento tras los atentados del 11-S. Lo que comenzó, después del atentado, con una insólita unidad de intención, se fue disipando con errores cometidos en el exterior y divisiones internas. Y atrapado entre las dos torres de la catástrofe y el fracaso de las invasiones, cayó en una apatía existencial. Y ahí sigue, incrédulo, abatido y más dividido, si cabe.